

BARCELONA Cómica

TIPLES ESPAÑOLAS



Julia Segovia

(En Un gatito de Madrid).



BARCELONA CÒMICA

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: **Jose Inglés.**

DIRECTOR ARTÍSTICO: **Ramón Escaler.**

REDACCION Y ADMINISTRACION

Imprenta de *Barcelona Còmica*.—Palau, 4.
Horas de despacho: de 9 á 11 mañana

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal: trimestre. . . 2 ptas
Cuba y Puerto-Rico: semestre. . . 5 «
Extranjero: semestre. 6 «

Números atrasados 1 real.



CRONICA

Las capitales de las naciones europeas tienen el privilegio de atraer á su centro á todo lo que brilla por algo, bueno ó malo, fenomenal extraordinario ó vulgar fenomenal.

En esta última clase, Madrid puede señalarse por dos visitas recibidas últimamente: la de Kalakaghua I, rey de unas islas casi salvajes, y la de Pantorrillas I y último emperador de la plana de Castellón.

El pobre Kalakaghua hace tiempo que nos visitó, y últimamente ha muerto en la capital de sus islas, debiendo hasta la respiración.

Pantorrillas, ó por otro nombre *el agüelo*, ha llenado las columnas de los periódicos durante unos días.

Su visita á la capital de España ha sido un acontecimiento.

El introductor de tan egregio personaje ha sido el consecuente profesor de baile señor Navarro Reverter. El le llevó á Madrid, él le hizo pasear las pantorrillas por la corte; á él por lo tanto se debe esta piramidal exhibición.

Es el tío Pantorrillas todo un Sr. tío digno de estudiar porque estudiándole á él se estudia esa preciosa raza de mamíferos que se comen las provincias españolas y que se llaman caciques, como estudiando á un solo Faraon se comprende á toda la dinastía de los Faraones.

S. M. Pantorrillas es rey de Castellón por fatalidad olímpica ó por altos destinos de la Providencia. Nació así, rey por el derecho del desparrajo, y no hay revoluciones ni cataclismos que puedan con él.

Con su chaqueta, su sombrero pavelo, sus calzones cortos, sus alpargatas y sus pantorrillas embutidas en medias color celeste, es más rey en Castellón que Federico en Berlín y el Czar en San Petersburgo.

Allí no se mueve una hoja de árbol ni de libro sin permiso de Pantorrillas.

Es el *cosí*, en una palabra, donde se hace la colada de aquella provincia.

¿Que Pantorrillas quiere cambiar el gobernador? Pues lo cambia. ¿Que quiere trasladar un juez? Pues lo traslada. ¿Que se le antoja sacar diputado á un Navarro Reverter? Pues lo saca.

Estancos, plazas de peatones, credenciales de policía, permisos para hacerlo todo, carreteras, caminos vecinales, negocios lucrativos... todo está en la mano del mamarracho ese.

El hace personajes y hasta ministros. Dígallo Tyreonel que todo lo que es se lo debe á Pantorrillas.

¿Qué extraño es, pues, que en Madrid se hayan entusiasmado con esta Magestad con taparrabos?

Pues nada.

Festejándole á él se festeja al que tiene la sartén por el mango: al asqueroso caciquismo.

Ya son falsificados los emigrados.

Y los emigrados portugueses, que es como falsificar *reis*.

Dice un periódico de Galicia que el portugués Antonio Rodriguez *da Cruz*, *da* también la lata.

No se sublevó en Oporto, ni fué soldado, ni emigró ni nada, y anda solicitando protección bajo el pretexto de que está comiendo el amargo pan.

En Santiago este *da Cruz* ha hecho numerosas víctimas, todas del ramo de los compasivos.

La prensa de la localidad da la voz de alerta sobre este atrevido tímido.

No creemos que ese emigrado de estaño llegue hasta Barcelona, pero otras cosas más extrañas se han visto.

A nosotros si nos pide limosna un portugués le preguntaremos si se llama *da Cruz*, en la seguridad de que tras esa Cruz está Antonio Rodriguez, es decir, el diablo.

En el pueblo de Para das, una mujer ha da

do á luz una criatura de sexo indefinido con cuatro cabezas y cinco brazos.

¡Que rabie Cánovas!

¡Ya no es el único mónstruo que hay en España!

Desde hoy suprimiremos la *M* mayúscula de esa palabra y le llamaremos mónstruo con *m* chica.

¡En Paradas ha nacido otro Cánovas! ¡La naturaleza se repite!

Nunca pensábamnos llegar á semejante estremo.

Si llega á vivir, crecer y meterse en política, va á hundir en el polvo de la nada á su predecesor.

Con las cuatro cabezas hablará con todo el mundo, y con los cinco brazos estará constantemente en los bolsillos de los contribuyentes.

Cánovas se va á morir de envidia.

Porque ¿qué va á hacer él con una sola cabeza? Meterla de coraje en un felpudo arrollado.

¡Bien haya el pueblo de Paradas que tan buenas caídas tiene! ¡Un mónstruo desbanca á otro! ¡Viva la novedad!

Cuando el fenómeno que ahora ha nacido llegue á mayor, D. Antonio huirá ante él como huyen las sombras delante de la luz y la liebre delante de los galgos.

España puede, por lo tanto, regocijarse. En Paradas ha nacido un vengador.

Andaba un cazador cazando en la dehesa de Encinarejo, cuando,

«sin sentir en la yerba sus pisadas

se halló frente por frente de un berrendo.»

¿Qué hubieran Vds. hecho en un caso semejante? Pues lo que hizo el cazador, al verse embestido: apuntar con la escopeta y disparar.

Quedó muerta la res y el cazador se volvió á Andujar, creyendo que ya estaba todo concluido.

Pues no señor; el ganadero lleva á los tribunales al cazador por haberle muerto el toro, y en mi humilde opinión hace bien.

¿No vale más un toro que una persona? ¡Habrás visto la grosería de ese cazador! ¡Disparar contra un toro que le iba á destripar! ¿Para qué no le dejó hacer?

¡Un animal que hubiera valido unos cuantos cientos de duros! ¿Cuándo ha valido un cazador otro tanto?

Nada, nada, á los tribunales con el cazador y que pague el toro, y que vaya á presidio.

¡Pues no faltaba más! ¡Ya no hay clases ni educación! ¡Matar un bicho que hubiera dado tanto juego!

Hágase un escarmiento, á fin de que los cazadores se dejen otra vez pillar por el toro y no se pasen á mayores.

Es preciso proteger á la fiera contra el hombre, como se protege al pillo contra la persona honrada.

Si otra cosa se hiciese ¿qué sería de nuestra sociedad? Cualquiera se iba á meter á toro entonces.

Nada, venga un ejemplar.

Las desvalidas dehesas lo están diciendo á voz en grito.

Siguen los jóvenes señoritos de la Coruña haciendo sudar las prensas.

Dos de ellos han ido á ver quién comía más; y en un día devoraron no sé cuantas cosas, amen de ocho docenas de pasteles y una inmensa y profunda tortilla. Lo de profunda supongo yo que sería porque les mirarían desde lo alto de un precipicio.

¡Vaya y con esos señoritos Heliogábalos! ¡Y qué difíciles deben ser de mantener!

Desgraciadas de las que se los lleven en matrimonio. Por muy *inmensas* y *profundas* que ellas sean, el mejor día las hincan el diente.

Yo no me opongo á que esos chicos se atraquen como pavos y hasta se ceben á sí propios; lo que yo me opongo es á que me lo hagan saber.

¿Qué me importa á mí que las gentes coman pasteles y tortillas? Eso, á los pasteleros y cocineras.

Pero la verdad es que si la gacetilla no hablase de eso ¿de qué diablos iba á tratar?

Vengan, vengan noticias tan interesantísimas como esa, porque sinó va á haber aquí un cataclismo.

DANIEL ORTIZ.

El poema de un burro

I.

Yo siento una pasión devoradora,
Algo insólito en mí, que no me explico,
Que no sentí hasta ahora
En mi larga carrera de borrico.

¡Yo que pasé mi vida fatigosa
Trabaja que trabaja sin descanso
Sufriendo *leña* por cualquiera cosa
Con la resignación de un burro manso!

¡Yo que de esto de amores no sabía
Y era virgen y martir, aun sin palma,
Porque no conocía

Ninguna burra que me diera el *alma*,
Tengo al fin como dulce compañera
Una burra hechicera

Que come en el pesebre de mi lado,
Y bien puedo decir que es la primera,
La primera de todas *que he tratado!*
Es un poco cerril por mi desgracia

Y tiene las maneras algo toscas;
¡Pero sacude el rabo con tal gracia
Para espantar las moscas!

Tiene tal gallardía
Su cuerpecito esbelto!
Nada, que el mejor día
Le declaro mi amor: está resuelto.

II.

Siento el punzar de extrañas emociones
Quitarme calma desusadas penas
Y á impulso yo no sé de qué pasiones
Corren olas de fuego por mis venas...

¡Rebuzno y no me escucha!
Mis nervios vibran con vibrar tremendo
Y siento conmociones de una lucha
Y afán de un *algo* porque estoy sufriendo...

¡Y *ella* impasible! ¡Sin oír mis ansias!
¡Ah!.. Ya mira hácia aquí... ¡Vaya un flechazo!

Van á cesar mis quejas lastimeras
Voy á anudar de nuestro amor el lazo
Dándole con mis patas delanteras
Un cariñoso abrazo.

III.

¡Se acabó mi esperanza!
¡Adios, soñados goces!
¡En medio de la panza
Me ha soltado la bestia un par de coces!

RAMON TRILLES.

EN SECRETO



—¿Con que V. no se ha enterado, D. Timoteo? ¡Qué inocente es V., santo hombre!

—Explíquese V., portera, explíquese V.

—Vamos, si V. se empeña, se lo diré; pero *en secreto*.

—Haga V. cuenta de que lo echa en un pozo.

—Pues que la señora del principal y el caballero del segundo, se entienden, vamos al decir, sin que el marido sepa una palabra.

—¡.....!



—¿Qué mundo este, D. Timoteo; que mundo y qué mujeres!

—Y sobre todo, D. Cenón, ¡que maridos! Pero, por Dios, no me comprometa; se lo he dicho a V. *en secreto* porque confío en su discreción.

—¡Pues no faltaba más!



—¿Va V. á salir, D. Cenón?

—Iba á hacerlo, pero...

—No, por mí no se moleste; puesto que ustedes salen, subiré á hacerle una visita á la del principal.

—¿La del principal? Pero V. no se ha enterado?...

—¿De qué?

—Pues bien, amiga mía; me interesa demasiado la reputación de V., para no decir-la, pero eso sí, *en secreto*, que la señora del principal y el caballero del segundo...

—¡Comprendo!



—¡Ola! ¿Tú por aquí?

—¿Cuánto tiempo sin vernos?

—No tanto, total hace un año que nos fuimos á Zaragoza.

—¿Vas al principal?

—No, hija; no hemos progresado tanto, para pagarnos el lujo de vivir en principal.



—Si supieras lo que me acaban de decir... Pero ahí viene tu marido.



—A los pies de V., D.^a Restituta, ¿Va V. á subir?

—Tengo mucha prisa...

—¿De qué hablaban ustedes? Por mí no estén...

—Pues le contaba á Purita... pero no, no lo digo. Me lo han contado á mi en secreto y...



—Conservaremos el secreto.

—Pues es el caso que una lagarta que vive aquí en el principal, tiene amorios con el inquilino del segundo piso.



—¡Mi marido!

—¡¡Yo!!!...

Ahora lector, confía en la clásica frase de en secreto.

Pilla



BOCETOS MADRILEÑOS

VIII.

DE LA TIERRUCA

Madrid es muy bonito ¡ya lo creo!
Animación, placeres... ¡cosa buena!
pero á pesar de todo yo aseguro
que siento la nostalgia de mi tierra.

Yo nací, no recuerdo bien qué día,
hace ya mucho tiempo, en una aldea
metida, como alhaja en el estuche,
entre riscos y montes de la sierra.

No hay paseos, ni coches, ni palacios,
ni asombra con su lujo la grandeza;
ni cafés, ni teatros, ni salones
donde dejar la calma y las pesetas;
pero en cambio la vida se desliza
tranquila, sonriente, placentera,
entre montes cubiertos de verduras
y cascadas que saltan de las peñas.

¡Cada vez que me acuerdo de mi pueblo
pienso yo en mi *madruga* que me espera
y parece que el alma se me estruja
y el corazón me late con más fuerza!
¡Bien sabe Dios que abandoné mi choza
caliente de ilusiones la cabeza,
con la esperanza de ganar dos duros
y volver á comérmelos en ella!

Hará más de seis años ¡ya lo creo!
por venir á Madrid dejé mi tierra,
con un duro metido en el bolsillo
y en el hombro la alforja bien rellena.
Por cierto que al marcharme del terruño
sin poderlo evitar lloré de veras,
al tiempo que decían mis paisanos:
— ¡Nun llores, *condenadu* ¡quién se fuera!
Y llevaban razón; pero ¡demonio!
tuve en aquel momento unas ideas
tan tristes, tan estrañas, tan horribles,
que á poco más no salgo de la aldea.

Por fin vine á Madrid. Era domingo.
¡La animación y la algazara inmensas!
Como día de toros dos mil coches
andaban y corrían por doquiera.
Al ver aquel bullicio de mil diablos
quedé asombrado, con la boca abierta,
mirando tantas gentes que pasaban
sonrientes, tranquilas, satisfechas
sin decirme:— *Juanón, tengalus buenus*,
¡saludo cariñoso de mi tierra!

Llegué, por fin, á casa de un paisano,
y sin dejarme respirar siquiera
dióme sus instrucciones y al momento
me vi tras él y con la cuba á cuestras.
¡Bien sudé aquellos días, recorriendo
pisos, habitaciones y escaleras!...
Acarreando el agua de la fuente
eché los bofes por ganar dos *peras*;
y segua mi oficio, sudoroso,
sin lanzar un lamento ni una queja,
pues cada *pesetiña* que guardaba
se acortaban los años de la ausencia.

Algunos parroquianos me cedían

las migajas sobrantes de las mesas:
dormí en el suelo, casi siempre helado,
no me compré en seis años ropa nueva
¡y pude ahorrar al fin de mucho tiempo,
ochavo sobre ochavo, mil pesetas!

Con este capital *tomé* la plaza
á un sereno paisano, de mi tierra.
Armado con el chuzo y con las llaves
dí principio gozoso á mi carrera,
siendo amigo de todos los vecinos
¡y durmiendo en el quicio de las puertas!
Desde entonces ¡*su madre!* me parece
que soy un señorón como cualquiera,
y me río de muchos caballeros
que así, á primera vista, me desprecian.

Trabajo por la noche hasta la una;
y no puedo escuchar si dá la media
porque al ver que las noches están frías
me voy á calentar en la taberna.
Tragelo un vaso ó dos cuando hace falta,
echo un sueño tumbado en una mesa
¡y gozo porque sueño muchas veces
con mi pueblo y mi madre que me esperan!

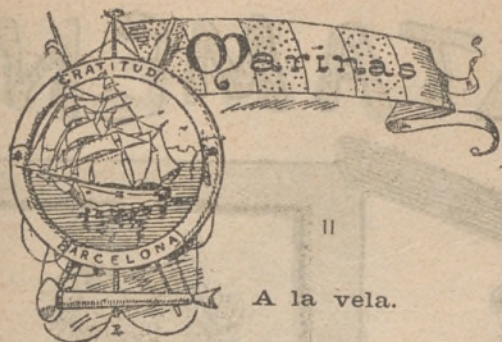
Me suele acontecer en ocasiones
que á lo mejor del sueño me despierta
el son de las campanas, seco y duro,
delatando una casa que se quema.
Observo si el incendio es en mi barrio;
pasa el bombero con la pica á cuestras,
me dice donde va y en el instante
aviso con el pito á la pareja.

Después... yo no me nuevo de mi sitio:
cumpló mi obligación ¡tengo conciençial!
Podía retirarse algún vecino
y que llamara cuando no estuviera...
¡Así paso las noches tan contento!
Muchos de mis paisanos me respetan;
sé vidas y milagros de vecinos
que se asustara usted si los supiera.
Conozco á las casadas de mi barrio
que blasonan de honradas y de buenas
y son... ¡*Anda la Biblia!*.. si yo hablara
no iba á contarles nada ¡*riolera!*

Cada noche que paso tiritando
aumento á mi peculio una peseta,
y pienso abandonar á los madriles
dejándolos tan pronto como pueda;
que á pesar de los años transcurridos
esta villa me aturde, me marea,
igual que el día aquel que de mi pueblo
llegué á Madrid, con el hatillo á cuestras.
¡Este infierno de coches ensordece!
Este gentío atroz me desespera,
llenando casi siempre los paseos,
los teatros, las calles, las plazuelas.
¡Y estrañarán algunos que me agobie
la *morriña*, nostalgia de mi tierra?..
¡Vaya al diablo Madrid; y Dios me mande
la dulce paz de mi querida aldea!

(Por el sereno de mi calle, que no sabe firmar)

J. ADÁN BERNED.



II

A la vela.

El cargamento, vino en pipas con destino á Buenos Aires, se halla cuidadosamente estivado en la bodega.

La tripulación del *Gratitud* ha pasado á bordo la primera noche, la de los insomnios, la de las pesadillas; la en que se sueña con defunciones y olvidos y hogares solitarios.

La noche que precede á un largo viaje, tiene en sí no sé qué de misterioso y de imponente: no es el temor de un naufragio, no es miedo á la muerte ni el desaliento ante las fatigas que indudablemente nos aguardan; es... ¿qué sé yo?... cierta opresión del alma, presentimientos vagos de algo indefinible, la incertidumbre del porvenir ante la seguridad de abandonar en breve familia, hogar, amigos ¡tierra! ese conjunto de objetos y de seres que es nuestra vida, y en el que hemos ido formando corazón y entendimiento.

Las tablas del buque con sus crujidos monótonos y acompasados, el olor penetrante de la brea que dilata nuevamente nuestros pulmones, el chirrido lento y acompasado del motón que roza el cáncamo falto de aceite, el suave balanceo de la luz que proyecta móviles sombras, todo, aquella noche nos recuerda calmas interminables, ausencias dilatadas, nostalgias abrumadoras, y lloramos un momento, un momento nada más, en la oscuridad del camarote, para dar paso á toda la efusión de caricias y de mimos que rebosan nuestros párpados.

La mañana se presenta espléndida: los cirrus que aproximaban el horizonte, vándose empujados por un viente fresco al primer cuadrante, y asoma el sol sus guedejas de oro por entre un haz de nubes purpúreas.

Renace en el puerto la animación cotidiana: van

entrando las barcas de pesca con el foque y la vela latina; los vapores omnibus cruzan atestados de bañistas, dejando oír la desahogada música de sus chillones organillos; pónense en movimiento las gruas hidráulicas; un hormiguero de faquines, corriendo

por entre nubes de vapor acuoso, transportan sacos de trigo á los almacenes inmediatos; ruge, más bien que silba, un trasatlántico de alto bordo, y entre el silbido de los vapores, el rápido golpear de los émbolos en las maquinillas de carga y los cantos guturales de los marineros que se animan al trabajo, la tripulación del *Gratitud*, repartida en las aspas del molinete, hace carrapear la cadena del ancla en los cabezales del mismo, y van subiendo á bordo parientes y allegados para despedir á los que se alejan.

El cocinero, en tanto, reparte potes de café en la puerta de la cocina; en la popa se sirve un frugal almuerzo sobre el tambucho de la cámara; el práctico dá sus órdenes para que suelten todas las amarras que sujetan el barco; los gavieros, de pié en los amantillos de las bergas, preparan el velamen dejándolo dispuesto, y atraca el remolcador que se apodera del calabrote.

Ha llegado el instante supremo: la hélice del vaporcito arremolina las aguas y los marineros bracean á babor para orientar el aparejo.

Tres señoras vestidas con la sencillez peculiar á los pueblos de la costa, se levantan de la mesa, en la cual han hecho tentativas inútiles por probar bocado y se disponen á partir. La más anciana y también la más afligida, acercándose al capitán y señalando á un joven de diecinueve años que va á bordo en concepto de agregado, exclama en voz baja y con ojos suplicantes:—¡Por Dios, Pablo, que es el único que tengo! Miralo como tuyo... no le dejes subir á la jarcia ¿oyes?... Me voy tranquila porque está en tus manos.—Y mientras el capitán modula una frase cariñosa, corre á abrazar al chico y no se cansa de repetir:—¡Que nos escribas! No le disgustes á Pablo; ya sabes que él es muy bueno y te quiere mucho... Adiós; que no te añores; en Montevideo encontrarás ya cartas mías... ¡Adios... feliz viaje!... Y el bote, desatracándose del costado sigue á merced de los remos, y de la cubierta del *Gratitud* parte un suspiro que se pierde en el espacio.

¡Ya estamos solos! En torno nuestro, parece que

todo ha recibido un baño de alquitrán: desde los obenques de las jarcias, hasta los rostros de la gente que nos acompaña. Van quedando por la popa el hervidero de lanchas y curiosos, perdiéndose por entre las calles de embarcaciones fondeadas en línea recta.



El remolcador hace tesar de vez en cuando el calabrote, que vuelve á adoptar la curva tan pronto cesa la estropada. Los palos se visten con velas medias, siguiéndoles en turno los foques y cangreja. La marejada de fuera empieza á acariciar aquella proa, dos meses inactiva, estrellando contra ella las rizadas lomas, que desparraman en torno movable manto de blanca espuma. El capitán, único rey para nosotros desde este instante, da la voz de: «¡En banda el calabrote!» y el remolcador, virando de rumbo, nos abandona á la impulsión del nordeste que infla ya todo el velamen.

Aun queda algo en tierra que tiene para mí interés marcado, y antes que la distancia me impida verlo, cogiéndome á la jarcia me subo hasta la cofa. Allá en la Capitanía, en lo alto de la muralla, miro moverse una porción de pañuelos en señal de despedida y veo el catalejo del víjia pasar de mano en mano para buscar siempre la recta que une al *Gratitud* con el grupo que saluda. Saco á mi vez el pañuelo para corresponder á las manifestaciones de cariño, y al separar la mirada de aquel cuadro seductor, veo extenderse bajo mis plantas la superficie del mar, verde y rizada.

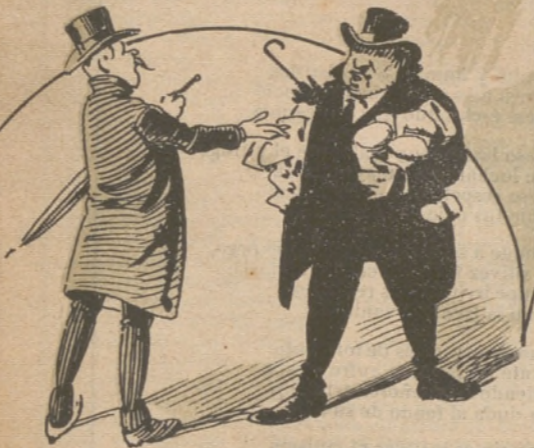
JOSÉ INGLÉS.

ERTAMEN E BELLEZAS

por ~~scaler~~



Lo que es si esta puda se cortase las arrugas como se corta los pelos.



—¿Donde va V. con tanto cacharro, don Homobono?

—Pues verá V., D. Nicomedes: como mis hijas piensan concurrir á ese certamen que se prepara, les traigo aquí carne de Liebig, vino de quina y aceite de bacalao, para que con la crema Sir.ón y otros menurjes, puedan convertirse en las Venuses de Milos.



—Peru ¿qué querrán decir con esu de la belleza?

Ya sabrán ustedes que en Barcelona hemos tenido la incediaria idea de celebrar un concurso de mujeres bonitas.

Al enterarse de lo cual, —¡Olé ya!— exclamó una manola que habita junto á mi casa. —¡A ver quién se lleva las tres mil pesetas, sino es este cacho é gloria que echó aquí mi madre!



Tres beldades quieren concurrir, por que convencimiento de que certámenes, siempre es quien se lleva el premio.



—¡Anda! ¿Y tu no sabes que el género premioo tie siempre más salida?

—¿Eso que tie que ver con mi mujer?

—Pus que si nos la premian ya nos hemos convertido tú y yo en dos caballeros.



—Me visto de mujer, le digo a N... que me saque una pornografía, la mando al jurado falla en favor mio y me se lleva!



—Lo que le ruego á V. encarecidamente, es que no se vea en la fotografía un lunarcito negro que tengo en la espalda.



—Como en eso de las bellezas no te den el premio gordo, te riviento; que pa eso me he gastao yo los cuatro riales en el retrato.

REPRESALIAS

¿Lo ves, Matilde? Al fin cayó la venda que una pasión fugaz puso en tu alma y hoy que es tu esclavitud inexorable te atérras, con razón, de verte esclava.

Ya no tiene remedio; en otro tiempo, al anunciarte la traición cercana, te irritó aquel consejo del amigo que sembraba la duda en tu esperanza.

Pero amabas á Andrés como una loca, nació tu fé al calor de sus palabras, y turbó lo más puro de tus sueños el halago falaz de su asechanza.

Sabías que era malo y le adoraste por esa triste condición humana que nos inclina al fondo del abismo cuando se vé más sombra en sus entrañas.

Uniste tu existencia á su existencia, y al verte entre cadenas, hoy sagradas, encuentra pesadez en tus caricias y lamentos de hipócrita en tus lágrimas.

Presas del abandono y del desprecio lloras, en vano, la perdida calma y te avergüenza verte, más que esposa, vil instrumento de pasión liviana.

Así pasas la vida en una lucha que en inícuas escenas se desata, y tú escondes tus penas entre llanto mientras él hace de la afrenta gala.

Al sentir su desprecio desesperas,

si te insulta y humilla te acobardas y no tienes más arma que el silencio contra esa esclavitud que te degrada.

Y en eso haces muy mal: ante el ultrage hay que luchar con ruda intolerancia, olvida ese respeto que él ha hollado y arrójale tus odios á la cara.

Responde á su acritud con tu despego, que su altivez tropiece con tu audacia, y si escupe irritado sus rencores óyele con la frente levantada.

Si buscara resortes de tormento muéstrate indiferente, sufre y calla, y acudiendo á engañosos artificios lleva la duda al fondo de su alma.

No escatimes intrigas ni cinismo aunque ruja de celos y de rabia, que amamos la mujer que nos humilla como hundimos en polvo á quien nos ama.

Si no cede en su terco despotismo tú sostén la implacable represalia.
¡Ni una huella de llanto en las megillas!
¡Ni un rayo de piedad en la mirada!

Si pretende engañarte finge engaños y si pretende herirte, hiere... ó mata.
¡No escondas tu vergüenza entre amargura!
¡No pagues su perfidia con tus lágrimas!

FRANCISCO AYLLÓN Y LARA.

CARTA ABIERTA

Dirigida á mi compañero y amigo V. S. Casañ.

USTED, querido amigo, que tan lindamente zarandea á los actores y autores dignos de ello, y que atesora tantos conocimientos acerca de nuestro infortunado teatro español, es el único, en mi concepto, á quien desde las columnas de este semanario, puedo dirigirme para que resuelva con su opinión, que no dudo será certera, un terrible problema que há tiempo me tiene preocupado.

No vaya V. á creer, mi buen amigo, que lo que voy á preguntarle, es si durará mucho tiempo el presente estado del arte escénico, no tal; su opinión acerca de este punto (negro indudablemente) la conozco ya, y aun cuando me pesa en extremo que

usted augure muchos años de existencia á esa malhadada invasión de zarzuelitas en un acto, con rico decorado, mala versificación, excelente vestuario y ni pizca de argumento y sentido común, no he de rebelarme contra V., que sus razones tendrá en apoyo de su opinión. Yo, por mi parte, solo diré, ya que de este asunto trato, que encuentro entre tanta escoria, algo que no merece censura, y que mi deseo fuera que esos varios *algos* (muy pocos), ó mejor dicho, esas obras, á mi parecer buenas, fuesen las únicas que se aceptasen, quedando por tanto detenida la mencionada invasión que ya comienza afortunadamente á ser del desagrado del público. Pero paso, poniendo punto á esta digresión, á la pregunta objeto de mi carta.

Se trata, querido Casañ, de ese regionalismo, de esa centralización *literaria-artístico-teatral* (que de todo hay, aunque á lo último tan solo me refiero); de esa especie de sociedad que los autores madrileños han formado, con el santo y buen fin de reventar á los autores de provincias; y aun cuando yo no escribo para el teatro, ni pienso escribir en los días de mi vida, entre varias razones, porque soy lego en la materia, me carga en extremo y violenta sobradamente, el ver que esas benditas empresas de teatros y directores de compañías, no admiten más obras que las que vienen sancionadas por el aplauso de la cor-

te, muchas veces tan injusto, que hace dudar de la racionalidad genérica de aquel bendito público ó creer en la poderosa virtud del apasionamiento por determinado actor que *todo lo salva*, amén de la influencia de la diosa *claque*. Y una buena prueba de lo justo de mis diatribas, son las obras que constantemente estamos viendo en escena y que pasan entre siseos, cuando no con protestas, evidenciadas en forma de gritos y pitidos; y conste que he dicho *pasan*, porque, como V. sabe, á pesar de las protestas del público, sigue figurando en el cartel la obra titulada *Los Belenes*, acción que parece una burla de la empresa dirigida á los que la sostienen. Decía, que me carga el que solo sea admisible para esos señores empresarios lo que nos traen de Madrid y creo que á usted debe de pasarle lo mismo; y que solo admiten obras de las mencionadas, lo prueban los carteles, donde por rara casualidad figuran obras de los escritores residentes en provincias, ó, mejor aún, de autores que no van á la corte en busca de estrenos. ¿Es que las aguas de Madrid prueban á las patrias letras? No lo creo y á las obras me remito. ¿Es que *por acá* no hay autores que merezcan ser atendidos? ¡Vaya, que los hay! y mucho mejores que esos que escriben zarzuelitas ante la amenaza de pagar un almuerzo. ¿Es que nuestros autores no presentan obras? Yo conozco uno que vale, y á pesar de las súplicas, no logra un estreno. ¿En qué consiste, pues, que no admiten nada de provincias esas empresas de Dios? En que los autores de Madrid se imponen; amenazan con retirar su repertorio, caso de que se estrenen aquí otras obras que las de ellos. De todo esto le supongo enterado, y si lo digo, es para que el público se entere á su vez. Ahora, allá va la pregunta: ¿Cómo se puede combati esa centralización que nos abruma? ¿cómo podemos dar al traste con esa arbitrariedad de los autores de Madrid? *ecco il problema*. El público podría ayudarnos en esa empresa, *reventando* lo malo y aplaudiendo lo bueno; pero esto,

que llegaría á ser una cuestión de orden público, pues las silbas serían muchas, tiene el fatal inconveniente de que de los que acuden al teatro, no todos son inteligentes, y hay muchos que con que la música sea alegre y la letra picaresca, cuanto más mejor, se dan por satisfechos, quedando los que de buena gana pedirían la cabeza del autor, reducidos á minoría y por tanto á la impotencia que les obliga á callar.

Ahí tiene V., amigo Casañ, los motivos de esta carta, y ahí queda hecha la pregunta á la cual mi corria ó nula inteligencia en la materia de que se trata, no puede contestar con éxito. ¿Será V. tan amable que me busque la resolución de ese verdadero problema? A ver ¿cómo podemos combatir con éxito á esa peste de autorzuelos de Madrid? ¿De qué manera combatiremos el *centralismo* mencionado?

Espera contestación, con impaciencia, su admirador y amigo,

q. l. b. l. m.,
LUIS DE VAL.

¿TIENES TANTOS!

Lunares en la cara,
lunares en el cuello,
lunares en los brazos,
lunares en el pecho,
y lunares, en fin, en todas partes;
lunares en el alma y en el cuerpo!

PEDRO BARRANTES.



D. Ambrosio, solterón recalcitrante, va á pasar el día con una familia en la que hay cinco niños de corta edad.

—Qué hermosas criaturas tiene V., señora: dice don Ambrosio acariciando á todos.

—Ah, pues yo creí que á V. no le gustaban los niños.

—Me gustan mucho, cuando son de los demás.

—Entonces,—replica turulata la señora,—¿por qué no se casa usted?

Una joven desposada departe con la doncella que está ocupada en vestirla:

—La señorita debe ser muy feliz en su nuevo estado.....

—Sí, lo soy.....

—Porque el señorito es tan guapo y tan elegante y tiene un modo de abrazar tan cariñoso!.....

Una frase que tiene poco de galante:

¿Quereis hacer prevalecer una idea? Dirigios á las mujeres. La escuchan con fé, porque son ignorantes; la propagan con rapidez, porque son habladoras, la sostienen largo tiempo, porque son testarudas.

Aviso que leí en un círculo de recreo de San Gervasio:

«Se prohíbe á los socios se lleven los periódicos al jardín para leerlos ó para destinarlos á otro objeto.»
Textual.

La mayoría de las mujeres que han caído en la seducción, tienen grande empeño en casarse con sus seductores.

CANTARES *por Fradera*

Fradera

CANTARES



Diciéndolo, no diré
lo que aquel pinar esconde;
allí, ya te acuerdas donde,
nos pasó, ya sabes qué.



Yo soy desgrasiado
hasta en el andú,
que los pasitos que *palante* doy
se me van patrás.



Graciosa pescadorcilla,
tu barca de audaces remos
atraca á esta mansa orilla,
y mano á mano, hablaremos
sin temor y sin mancilla.

INTERJECCIONES HÍPICAS *por Melitón*



Es un medio de venganza como otro cualquiera

Confesábase un mozalvete, y después de referir al sacerdote varios pecados de poca monta, añadió:

—Acúsome, padre, de que *hago el majo*.

El sacerdote, ignorando la magnitud de tal culpa, le preguntó:

—¿Qué es eso de *hacer el majo*?

—*Hacer el majo*—replicó el penitente,—consiste en pararse así que se ve á una buena moza, y mirándola de reojo, exclamar:—«¡Ole, vivan los cuerpos buenos y la mar salá!»

—¿Y después?—volvió á preguntar el sacerdote.

—Después—repuso el mocito—sigo mi camino y nada más.

—Pues, hijo mío—terminó diciendo el confesor—eso de que te acusas, más que hacer el *majo* es hacer el *majadero*.

Anuncios matrimoniales:

«La administración de este periódico ha celebrado un acuerdo con ricas herederas (doncellas y viudas), mediante el cual se comprometen á no otorgar sus manos á persona alguna que no se suscriba al periódico por un año adelantado.»

Cazada al vuelo en el llano de la Boquería:

Son las siete de la mañana. Dos blanqueadores despidiéndose.

—¡Hasta la vista!

—Vaya.... ¡Buen aguardiente!



Cuadrillas de bandoleros en Tortosa, *escopeteros* que asesinan, en Lillo, patria de D. Venancio González; asesinos que *escopetean* en Alcira; gobernadores que permiten el juego en varias provincias, y conservadores que maman á dos carrillos por todas partes

Magnífica perspectiva,
deliciosa situación;
¡y pensar que la nación
aun permanece inactiva!

*
**

Pero aun hay más.

Antes, la seguridad personal en los trenes era un mito; pero ahora es menos, mucho menos que eso.

No pasa día que no se cometa algún asesinato en cualquier tren en marcha, ó por lo menos algún robo.

Ya es un viajero arrojado por la ventanilla del coche á un precipicio, ya una señora degollada, ya un funcionario público á quien se trata de segar el cuello con una hoz como si fuera una cebolleta.

¿Que si son habidos los criminales? Quiá, hombre, quíá! Si nunca como ahora pudo justificarse aquella frase de «España es un presidio suelto».

Constantemente estamos leyendo en la prensa, evasiones realizadas hasta en pleno día y con el mayor descaro.

Los únicos que no logran escapar nunca son los periodistas.

Nada, en adelante, antes de emprender un viaje, por corto que sea, en ferrocarril, hagan ustedes testamento.

Ah! y vayan acompañados de un destacamento de la guardia civil.

Y aun así, tengan la seguridad de que no llegarán á su destino sin sufrir siquiera un susto.

*
**

Romero Robledo, el pollo antequerano (no tiene más que cincuenta y tantos años) sigue con su pasteo, y al decir de los que presumen conocerle, está decidido á reingresar en el partido conservador.

Es en el único sitio que puede hallar cabida.

Pues ¿querrán ustedes creer que aún impone condiciones? Quiere que le hagan ministro de cualquier cosa, á su *alter ego* Bosch y Fustegueras.

Y no creo que sean exageradas tales pretensiones.

Porque cuando un Fabié y un Tetuán han logrado meter la cabeza en el ministerio, bien puede aspirar á una cartera cualquier zapatero remendón.

Que no había de hacerlo peor que dichos señores.

*
**

A Castelar le parece tan liberal la situación conservadora que disfrutamos, que compara á Cánovas con Robespierre; á Silvela con Saint-Just; á Pidal con Marat, y á otra persona que no quiso nombrar con la Diosa Razón.

Y pregunto yo: ¿quién será esta persona?

¡Lástima que no cite su nombre el elocuente tribuno!

Pero permítame el Sr. Castelar; comparar á los hombres del 93 en Francia, con los zoquetes del 91 en España, resulta depresivo para la memoria de aquellos, que eran verdaderos patriotas, por más que se equivocaran, no en la concepción de la idea, sino en su desarrollo.

Y ¿no le parece al Sr. Castelar que falta una Carlota Corday que nos libre de los *liberales* que nos oprimen?

*
**

Un anuncio que leo en *El Diluvio*:

«Una señorita desea colocarse de ayudante de comadrona».

Con que señorita, ¿eh?

¡Y yo que me figuré
que andar en tales jornadas
era cosa de casadas!
En fin, dispenseme usted.

*
**

Y ya que tenemos las manos en el fango, digo en *El Diluvio*, vaya otro anuncio:

«Un joven de agradables facciones, recién llegado de América, desea vivir con joven soltera, ó viuda sin hijos en iguales condiciones.

Es decir, viuda sin hijos, pero que sea joven y soltera

Proponemos al acreditado Sr. Fiscal de imprenta que denuncie por pornográfico á ese joven que se llama á sí mismo guapo, y que para pescar concubina, echa, con el anzuelo, á manera de cebo, la noticia de que viene de América.

Yo creo que el joven bello es denunciante, y hasta encausable.

A ustedes ¿qué les parece?

*
**

¡Lo que es la ignorancia!

Yo tenía creído hasta ahora que las depresiones atmosféricas producían las lluvias y otros fenómenos, también atmosféricos, y ahora salimos con que es cosa del Omnipotente, y que basta pedirselo con necesidad, y colectivamente, para que se conceda la gracia.

Y por eso ahora los curas rezan la oración *ad pe-*

tendam pluviam.

Con razón dicen por ahí:

No te acostarás,
sin saber una cosa más.

Yo me inclino á creer que no conseguiremos nada con la oracioncita esa.

Y me fundo en que el Padre Eterno haec mucho tiempo que nos tiene dejados de su mano.

Digo, pues si no fuera así, ¿tendríamos en el poder á los conservadores?

Ya saben ustedes que se habla de crisis.

Y los ministeriales ministrables abren con este motivo cada ojo como un plato.

Hay candidato que sueña todas las noches que ya es consejero responsable, y la obsesión es tan profunda y permanente que aun despiertos sueñan.

Esto debió sucederle días atrás á un diputado. que entró en el salón de sesiones y en vez de irse á los escaños, se sentó en el banco azul; el de los ministros.

La equivocación es de las de órdago; es lo mismo que si yo penetrase en la catedral en día de función, y en vez de confundirme modestamente con el público, ocupara el sillón del Obispo.

El distraído diputado es el Sr. Linares Rivas, el mismo que anduvo pasteando de Herodes á Pilatos, esto es, de Cánovas á Romero y de Romero á Cánovas.

Y cuando llegue su hora postrera, podrá exclamar satisfecho: «Yo he llegado á sentarme en el banco azul!»

Dice un periódico de la corte que el partido car-

lista empieza á experimentar serios desprendimientos, y que al del ex-diputado Sr. Ternero, seguirán otros que llamarán la atención.

Después que de un partido se desprende un Ternero, ¿qué puede llamar la atención?

Ahí vamos, sí; que se desprendan uno ó varios bueyes.

Que es lo único que puede desprenderse del partido carlista.

«Dícese que varios amigos del que actuará de capitán Manaya en la procesión de Semana Santa de este año, D. Joaquin Moreu, tratan de promover una suscripción (¿nacional?) con objeto de costear su retrato, que sirva de conmemoración del restablecimiento de las comparsas de soldados romanos.»

Mal hecho; un retrato se estropea enseguida y no sirve para conmemorar nada.

Ya que se abre suscripción, lo mejor es que se le erija una estatua al Sr. de Manaya.

Y así se podrá conmemorar dignamente alguna cosa.

Aunque no sea más que la memoria de ciertos sujetos.

¡Válgame Dios, y cuánto inocente anda por el mundo!

RJBA.

Tip. BARCELONA CÓMICA, Palau, 4.

**BACALAO REYKAVICK
Y SHETLAND**
Tienda de Surtidor
Mercado de S. José esquina
á la Pescadería.
Proveedor de la Real Casa

OJO: MUEBLES

Cama de Viena con somier 32'50 pesetas y toda clase de muebles á precios nunca vistos.

ASALTO, 8

(frente al Crédito Lyonnais)

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones.

D. JULIAN RODRIGUEZ
Corresponsal de «Barcelona Cómica»

Tesoro, 5 bajo, MADRID



TRICÓFERO PADRO

Superior á todos los tónicos y regeneradores. Superior al agua de quina.-50 años de éxito

Hace crecer el pelo, lo fortalece, quita la caspa, evita las canas y enfermedades de la cabeza

Frasco, 1'50 pts.

Depósito Central, Farmacia del Globo,
4, Plaza Real, 4.—BARCELONA



Según médicos eminentes, el remedio más inocente y que cura más pronta y radicalmente la **Blenorragia** y demás flujos urinaris es el

SANDALO PIZA

Trece años de éxito.—Único aprobado y recomendado por las Reales Academias de Medicina de Barcelona y de Mallorca, varias corporaciones científicas y renombrados prácticos que diariamente las prescriben, reconociendo ventajas sobre todos sus similares.—Frasco: 1'4 rs.—Farmacia del Dr. Piza, plaza del Pino, n.º 6, Barcelona; Madrid, G. Ortega, Leon n.º 13; y en las principales Farmacias de España.



Hemos mandado este busto
al certamen de bellezas:
si no le otorgan el premio
no habrá justicia en la tierra.